



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

n° 29 (2023)

EL HOMBRE DE LETRAS COMO HÉROE. LA HISTORIA OBLICUA DEL ROMANTICISMO MEXICANO

Efrén ORTIZ DOMÍNGUEZ

(Universidad Veracruzana)

<https://orcid.org/0009-0001-6999-327X>

Recibido: 6-1-23 / Revisado: 12-5-23

Aceptado: 28-2-23 / Publicado: 15-10-23

RESUMEN: El presente ensayo aborda la paradójica relación entre historia y literatura en el México del siglo XIX. La historia de la literatura mexicana del siglo XIX es unilateral ya que, en una época de constantes guerras civiles, muestra el punto de vista de uno de los bandos ideológicos en pugna. La herencia (histórica y literaria) que hemos recibido es, justamente, una «visión de los vencedores» ya que silencia u oculta a muchos autores y obras del bando conservador, de allí que la historia social haya validado una versión maniquea de nuestra historia literaria. En esta ocasión reviso un folletín titulado *Renacimiento de la literatura mexicana. Ojeada histórica. Elementos para una literatura nacional* (generalmente citada como *La literatura nacional*) (1868) de Ignacio M. Altamirano, con la finalidad de exhibir sus múltiples fracturas.

PALABRAS CLAVE: Romanticismo, héroe, canon, ideología, liberalismo.

THE MAN OF LETTERS AS A HERO. OBLICUAL HISTORY OF MEXICAN ROMANTICISM

ABSTRACT: This essay addresses the paradoxical relationship between history and literature in 19th century Mexico. The history of 19th century Mexican literature is one-sided since, in a time of constant civil wars, it shows the point of view of one of the ideological sides in conflict. The heritage (historical and literary) that we have received is, precisely, a «vision of the victors» since it silences or hides many authors and works from the conservative side, hence social history has validated a manichean version of our literary history. On this occasion I review a serial titled *Elementos para una literatura nacional* (generally cited as *La literatura nacional*) (1868), by Ignacio M. Altamirano, with the purpose of exhibiting its multiple fractures following the perspective of *The heroes* by Carlyle to underline the ideological reading (the poet as hero) that, to date, we carry out about Mexican romantic literature (history vs. literature).

KEYWORDS: Romanticism, hero, canon, ideology, liberalism.

INTRODUCCIÓN

En México, la investigación acerca de la historia, la cultura y, en especial, la literatura decimonónica posee una larga tradición y continúa produciendo abundantes productos por tratarse de una fase relevante para la historia y la cultura del país: ni más ni menos, el proceso de construcción del estado y la identidad nacionales. A escasos meses de festejar 200 años de emancipación respecto de la metrópoli, la reflexión en torno al periodo posee inmejorables ejemplos, pese a que la exploración de materiales resguardados en archivos sea de acceso restringido. Sería pecado de lesa ingratitud no subrayar, en primer término, la existencia de investigadores que han puesto en manos de los lectores lo más representativo del periodo, ligados a los Institutos de Investigaciones Filológicas, Estéticas y Bibliográficas de la UNAM (Huberto Batis, María del Carmen Castañeda, Luis Mario Schneider, Fernando Curiel, Jaime Cuadriello, Alejandro González Acosta, Pablo Mora, Vicente Quirarte, entre otros); al Instituto Mora (Ana Rosa Suárez, María Esther Pérez Salas); al Colegio de México y sus diversos centros regionales; así como también a universidades estatales o investigadores y editores independientes, cuyas investigaciones amparan la existencia de colecciones tan relevantes como *Ida y regreso al siglo XIX*, *Biblioteca Americana*, *Clásicos mexicanos* y *Rescate* o la reedición de revistas literarias del periodo en ediciones facsimilares. Todos ellos constituyen hitos relevantes que abonan, día con día, un mayor conocimiento acerca del periodo. La tarea de rescate, difusión y ponderación filológica, histórica o estética de tales obras ha venido acompañada también, aunque en menor medida, por indagaciones que atañen a la profesionalización de la escritura literaria y la construcción del canon (Ruedas de la Serna, 1996; Ortiz, 2008) como también brillantes atisbos de una lectura política (Escalante, 1997; Martínez, 1997). Sin embargo, a pesar de contar ya con libros seminales para la historiografía latinoamericana, como los de Françoise Perus (1976 y 1992), Julio Ramos (1898) y Ángel Rama (1984), entre otros, quizás nos haga falta todavía inscribir la escritura literaria mexicana en el más amplio espectro sociopolítico de la modernidad de Latinoamérica, tarea del todo necesaria, ya que hay hipótesis que se mantienen como principio de autoridad, especialmente en todo cuanto atañe a la valoración acerca de la producción literaria del periodo. En efecto, la tradición mantiene enfoques e hipótesis que resulta necesario volver a mirar de manera crítica. La discusión, por ende, continúa abierta.

Se trata, sin dudar, de un periodo cronológicamente muy extenso, así que además de la necesidad de enriquecer el inventario de autores y obras, sería necesario interrogarse ahora acerca de los juicios de valor emitidos acerca de algunas figuras hasta ahora intocables en la historia de nuestra literatura, justamente por ese traslape entre historia social, política y cultural del país. Una de ellas, central en la construcción del canon, lo constituye Ignacio Manuel Altamirano quien, desde su posición de patriarca del mundo de las letras, guió con mano firme la valoración que han merecido hasta hoy algunos escritores del periodo.

Mi contribución, en tal sentido, radica en insistir que la historia de la literatura mexicana del siglo XIX es unilateral ya que, en una época de constantes guerras civiles, muestra el punto de vista de uno de los bandos ideológicos en pugna. La herencia (histórica y literaria) que hemos recibido es, justamente, una «visión de los vencedores» ya que, además de la pontificación sobre la obra de los escritores liberales, silencia u oculta autores y obras no solo del bando conservador, de allí que la historia social haya amparado y validado largo tiempo una versión canónica de nuestra historia literaria que compagina liberalismo y Romanticismo. Justo al rescatar la figura vilipendiada de

Agustín F. Cuenca (1850-1884), a quien Altamirano tildó en alguna publicación como poeta gongorino (calificación que, a la postre, constituiría un estigma que le retiró de la estima estética), reafirmé la necesidad de revisar el modo y el enjuiciamiento de la poesía mexicana del XIX:

La historia de la poesía mexicana del siglo XIX [...] hasta hace poco tiempo [...] se sostenía todavía sobre las hipótesis de una crítica que, actuando como juez y parte, había asentado como canon la propuesta de una literatura «liberal», «romántica» y «nacionalista», expresión «lógica» de un país en proceso de construir su identidad. Quien no comparte dicho propósito, está condenado al silencio, el olvido o el ostracismo, los infiernos más temidos por aquellos que pueblan la república de los poetas. [...] la idea de una literatura puesta al servicio de las guerras civiles menoscaba su valor frente al periodismo y le convierte en un acto de propaganda (Ortiz, 2014: 14-15).

Cuando he dicho unilateral (o, en su extremo, maniquea) no he querido subrayar perversidad alguna, como ha querido ver algún colega detrás de mis enjuiciamientos. Simplemente me acojo a la más elemental hipótesis de la teoría del conocimiento, a saber, que toda elección y todo juicio de valor están amparados en un criterio, en una axiología o cuadro de valores. Con todo, el examen sociopolítico de la literatura decimonónica en México ha sido escasamente atendido, a pesar de que desde varias décadas atrás, Rama había señalado ya en *La ciudad letrada* que:

Conviene revisar ese lugar común, con particular referencia a los literatos, pues se los ha visualizado retirándose de toda actividad política, encerrándose en torres de marfil, y consagrándose a su vocación artística. Desde luego que acompañaron la división del trabajo en curso e hicieron de su producción artística una profesión que exigía fundados conocimientos y aun raros tecnicismos [...] Pero esa concentración en el orbe privativo de su trabajo —la lengua y la literatura— [...] no los retrajo de la vida política (Rama, 1984: 84-85).

Concretamente, me parece que detrás de la elección de ejemplos de poetas que Altamirano nos ofrece en su doctrinaria revisión de literatos hay una ideología propia de la época: la figura del poeta como héroe cultural, a que tan afectos fueron los románticos, hayan o no leído la célebre serie de seis conferencias que, bajo el título de *Los héroes*, dictara en 1840 (y se compilara después como libro) el conocido historiador Thomas Carlyle (1795-1881). Este célebre filólogo escocés, germanista enamorado de la obra de Schiller, a través del análisis de las figuras del héroe como dios, profeta, poeta, sacerdote, hombre de letras y rey, nos ofrece un penetrante estudio de la manera en que un individuo se convierte en agente de transformación de las sociedades; un estudio en el fondo evolucionista, que nos lleva desde las motivaciones de las sociedades antiguas (y de sus correspondientes protagonistas como Odín y Mahoma), hasta las sociedades modernas (Rousseau, Cromwell, Napoleón). El ensayo posee todas las marcas del Romanticismo: exaltado, con párrafos desiguales, extensas digresiones y tono declamatorio; no obstante, se revela un eficaz instrumento para subrayar la capacidad que tienen algunos individuos destacados para influir en la transformación de la historia y de las sociedades.

DE «EL HÉROE COMO HOMBRE DE LETRAS» A «EL HOMBRE DE LETRAS COMO HÉROE»

Carlyle es muy preciso al indicar la relativa inmediatez del fenómeno que consagra al literato como héroe cultural. A salto de mata sobre su texto, podemos subrayar las siguientes tesis:

El héroe como escritor, del cual nos ocuparemos hoy, es producto exclusivo de nuestros tiempos, y mientras subsista el arte maravilloso de la escritura y el no menor maravilloso de la imprenta, puede asegurarse fundamentalmente que continuará siendo una de las más principales formas de heroísmo que legaremos a las edades venideras [...] [E]n vista de que lo espiritual decide siempre de lo material, a este héroe hombre de letras, pensador, poeta, filósofo, llámesele como se quiera, debe considerársele como a uno de los hombres más importantes de los tiempos modernos. Cuanto él enseña, lo realizará el mundo. La conducta del mundo para con él será el medio más adecuado para conocer la situación general del mundo. Observando bien su vida, tendremos perfecto conocimiento hasta donde esto sea posible, de los siglos que le produjeron y en que vivimos también nosotros (1985: 173-174).

Retomando ideas de Fichte, el filólogo escocés considera al héroe escritor como un sacerdote del mundo moderno, encargado de poner de manifiesto lo que de divino hay detrás de lo practicable y lo ostensible, es decir, «está encargado de revelar, a través de sus libros, el divino misterio de la existencia» (1985: 175).

Si héroe significa sincero, diremos entonces que el héroe como escritor desempeñará para nosotros una función siempre honrosa, elevadísima, y que en otros tiempos pudo juzgarse sublime. De la mejor manera que le es dado expresarlo, declara la inspiración de que rebosa su alma. Digo inspiración, porque lo que solemos llamar originalidad, sinceridad, genio, la cualidad heroica para la que no existe hombre adecuado, significa eso (1985: 174).

En México, corresponde a Francisco Zarco (1829-1869) ofrecernos la versión idealizada del poeta romántico. Un breve artículo con fecha de escritura de 1851, pero publicado en *El Presente Amistoso* al año siguiente, constituye una lección de historia de la literatura que tiene como finalidad ensalzar la figura del poeta. La apología parte de considerarlo como superior al resto de la humanidad entre otras razones, porque:

En su frente brillan purísimas las luces del genio, sus miradas son de fuego, el entusiasmo se pinta en su semblante. Ninguna inteligencia como la suya tiene facilidad para comprender grandes verdades: la naturaleza es para su mente una rica y elocuente revelación; las flores y las cascadas; las aves y los torrentes; las montañas y el rayo, hablan al poeta en un idioma sublime que solo él comprende. El poeta pasa por la sociedad como un ave perdida, suele seducirla o estremecerla con sus cantos; pero atrevido y valiente la arranca su careta, la revela su espantosa deformidad, e impasible desprecia el odio y la persecución insensata de sus contemporáneos porque comprende que es grandiosa su misión, que no viene al mundo a halagar las pasiones, ni a inclinar su frente a los errores, sino a ensalzar la verdad por desagradable que sea a los que la escuchan (Zarco, 1980: 219).

Para probar tal hipótesis, Zarco describe lo que, desde su punto de vista, ha sido tarea del poeta a lo largo de la historia y en el momento presente. Según él, se trata de un sujeto «que canta el valor y el heroísmo, que condena a los tiranos, que revela a la sociedad la causa de sus males» (1980: 221). Luego del título erigido en su entorno, inicia un recorrido por las temáticas que ellos abordan, lo que convierte tal sección en un repertorio de alusiones a los autores románticos, europeos y mexicanos, que considera destacados. Entre los primeros, alude a Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo, Manuel José Quintana, Lord Byron, entre otros. De los mexicanos, Carpio a la cabeza, seguido por Pesado, Rodríguez Galván, Marcos Arróniz, Francisco González Bocanegra, Fernando Calderón, Guillermo Prieto, entre otros. El artículo culmina con una imagen plenamente romántica, próxima a las descripciones de Carlyle: «¡Pobre poeta! Amor, gloria y libertad, bastarían a tu corazón y a tu genio... y nada de lo que anhelas encontrarás en el mundo. Tal vez al dejar la tierra, gozarás de esos ensueños de ventura. ¡Pobre poeta!» (1980: 224-225). La figura de Carlyle y su manera de entender la impronta que los hombres destacados pueden imprimir en su sociedad y en su época, pero especialmente la manera en que los hombres de letras pueden influir en la mentalidad de sus contemporáneos, constituye el eje vertebral de lo que he llamado la profesionalización del trabajo literario, recorrido que ilustra tanto la valoración social del hombre de letras en la sociedad de su tiempo, como el perfil de lo que ella espera de sus intelectuales. En mi capítulo «Repentistas, copleros y poetastrós» (Ortiz, 2008) transcribí controversias, notas de crítica literaria, prólogos y estampas costumbristas que describen al poeta romántico mexicano para demostrar finalmente que en la apreciación del quehacer poético mexicano intervinieron diversos factores: históricos, porque el proceso de adaptación de los postulados románticos fue gradual; sociales, dado que las simpatías expresan la proclividad de ciertas clases sociales hacia tal movimiento; políticas, ya que a fin de cuentas, la posición de clase de quienes intervienen en la polémica los ubica en una de las dos facciones en que se escinde la política mexicana: conservadores preferentemente clasicistas y liberales generalmente románticos, aunque no se trate de una regla general. De esa extensa controversia, quisiera evocar hoy solamente un par de litografías y sus correspondientes retratos literarios, que muestran, mediado el siglo, las dos caras del literato mexicano.

LOS MEXICANOS DECIMONÓNICOS SE RETRATAN

Uno de los álbumes más curiosos y ricos que nos ha legado el siglo XIX, lo es sin duda el curioso volumen titulado *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales, por varios autores* (1854), «primoroso libro —casi olvidado a causa de su rareza— [...], de esas obras inolvidables en las que nuestros bisabuelos dejaron no solo su pasión, su amable espíritu de crítica, su calurosa mexicanidad» (Fernández Ledesma, 1974: v). Se trata de una serie de estampas y cuadros de costumbres que retratan los personajes más curiosos de la sociedad decimonónica entre los cuales destacan el aguador, la chiera, el barbero, el cómico de la legua, la costurera, el sereno, la china, el estanquillero, el mercero, por citar aquellas figuras que los tiempos modernos han hecho desaparecer. Las estampas escritas fueron elaboradas por un grupo, en ese entonces anónimo, en el que Enrique Fernández Ledesma (editor del facsímil) y el bibliógrafo Juan B. Iguínez reconocen las plumas de Juan de Dios Arias, Hilarión Frías y Soto, Pantaleón Tovar, José María Rivera, Niceto de Zamacois e Ignacio Ramírez *El Nigromante*, acompañadas de excelentes litografías de Andrés Campillo y Hesiquio Iriarte. Merece especial atención, en primer lugar, la dedicada a «El poetastró» [Figura 1], que Ledesma identifica como manufactura de Frías y Soto en colaboración con José María Rivera. Imagen y texto

escrito remiten al estereotipo del poeta romántico, su extracción social, sus actitudes, su léxico, etc. No es difícil reconocer al colaborador de *El Ómnibus* que escribe poemas del siguiente corte:

;;;HASTÍO!!!

Raquíto el hastío secó las flores
que brindaban la esencia embriagadora
¡Rasgóse el velo! Y pena destructora
a el alma dióle abrojos punzadores!...:
Sin fe, sin creencias por el mundo vago
enmedio de la raza embrutecida,
de hiel amarga la memoria henchida!
;;;Henchida el alma de siniestro estrago...!!! (1935: 121).

Al margen de la identidad del autor satirizado (en la realidad, Luis Gonzaga Ortiz), es posible leer la estampa como una suerte de crítica literaria expresada por la vía del humor. El poetaastro de Frías y Soto es joven y osado y, bajo el influjo de una pasión hiperbólica, escribe en el estilo de las gacetillas en boga por aquellos años:

En efecto, un cajero es capaz de sentir, de enamorarse y de querer expresar su amor. Ha leído las variedades de nuestros periódicos, y tomó tanta afición al verso, que creyó que era el mejor órgano para expresar su pasión a Tulitas, la hija de un retirado, cuyo balcón, es decir, el de la casa en que vivía la niña, estaba frente a la vinotería [sic] que sirve de nido o larva a nuestro futuro poetaastro (1935: 120).

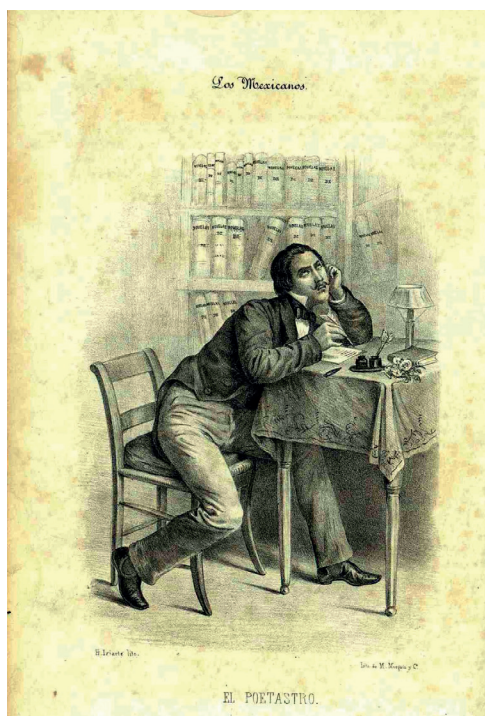


Figura 1. *El Poetaastro*

Véase el mecanismo del humor. La primera afirmación, de carácter serio, es puesta en entredicho por el absurdo que implica la improvisación. La carencia de luces se suple mediante la lectura de las novedades, lo actual, la moda, que tal es el rango adjudicado a la inclinación romántica. En efecto, la extensa nota, fechada en marzo de 1855, alude al auge que, por mediación de España, ha adquirido en México una escuela que había visto la luz desde los últimos años de la centuria precedente. Pero el error no radica en afiliarse a ella a destiempo, sino en última instancia a su improvisación y arrebatos característicos:

Desde aquel día nuestro hombre trata de seguir la senda del Parnaso; y como apenas comienza a *hacer pininos* en el arte, los robos y los plagios le sirven de andaderas. Desde entonces también cuanto hay en la naturaleza, sea poético o prosaico, todo tiene que pagar su contribución a la musa de nuestro poetaastro, y no hay para él en el mundo cosa que no sea digna de la trompa épica, o de la lira, guzla o plectro, instrumentos que según él pulsa diariamente, aunque nunca los ha visto [...] Hasta aquí el vate se ha formado con la lectura de novelas y periódicos: ellos son su principal estudio, el secreto de su ciencia, el busilis de su fecundidad, la fuente de su charlatanería, y el jugo y sustancia de sus versos (1935: 120).

Hay instantes en que, sin embargo, el tono de acerba crítica se vuelve contra el movimiento en su conjunto, del cual se transcribe, incluso, términos que le son inherentes. Ahí, entonces, un pecado hasta ese instante mortal, pero individual, adquiere el rango de pecado original, imputable a todos aquellos que militan en la corriente:

Desde entonces, el Poetaastro se volvió romántico, y según él supo elevarse sobre la idiota muchedumbre, colectivo y epíteto que nos abraza a ti y a mí paciente lector, por haber cometido el pecado enorme de no andar a revueltas con hadas y crespone, sedas y huríes, magas y vestiglos, vampiros y querubos, terremotos y cataclismos (1935: 121).

En resumen, mil y un detalles permiten configurar al poeta romántico como apóstata, como un actor que finge cada uno de sus estados anímicos. El texto escrito ofrece una auténtica visión caricaturesca, fársica, a través de la cual Frías y Soto se burla de ciertos poetas románticos, a los que considera malos escritores de versos, como poetas gacetilleros que toman el Romanticismo exclusivamente en sus apariencias externas. El mismo volumen describe también, por contraste, al hombre de leyes, vinculado con los intereses económicos y políticos de corte conservador. La estampa de «El escribiente» [Figura 2], atribuida a Ignacio Ramírez nos muestra la imagen del hombre de letras acomodado (o acomodaticio), ligado a las estructuras del poder.

El escribiente detrás de su escritorio es un calígrafo y aritmético que a proporción que más trabaja, cosecha más ruines honorarios: inseguro en su posición y obligado a vestir con decencia, pasa en un mismo día con una calma envidiable, del bufete de un abogado al mostrador de un tendero, de una oficina pública al humilde banquillo de un evangelista. Pero en cambio no necesita otra herramienta que un cortaplumas; y esta ventaja no es en el siglo presente, cuando para ejercer cualquiera profesión se requiere un enorme capital, de tal suerte que aun los mendigos ya necesitan en muchas partes, por lo menos un instrumento de música para mover la caridad de los cristianos. El escribiente tiene el privilegio, como calígrafo, de no saber nunca ortografía, y de ocuparse, como aritmético, en buscar la cuadratura del

círculo, cuando en sus horas de ocio aplica sus conocimientos a investigaciones trascendentales (1935: 186).

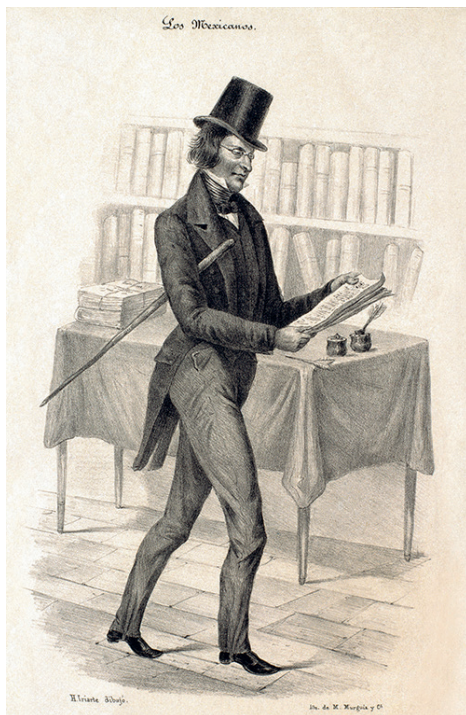


Figura 2. El escribiente

Se trata, entonces, de otro hombre de letras cuyas convicciones, menos fantasiosas, le ligán con las estructuras del poder. Se trata, en expresión usual del siglo aquel, de un arribista que mira más por el estómago que por el corazón o el cerebro. No obstante, también es un poeta:

¿Quién puede resistir el prestigio que lo rodea? ¡Es un pródigo! Cada ocho días por lo menos promueve semejantes diversiones: es de mucho talento: ¡hace versos! Es muy amable; y si no díganlo sus convites donde todo el mundo se embriaga bebiendo en la misma copa, y es ley de la mesa que cada convidado haga lo que se le antoje....! (1935: 187).

Finalmente, asoma al fin la desprofesionalización, la oportunidad de ascender socialmente no a partir del mérito individual, sino de la colusión con las estructuras del poder:

En México es un defecto, es un crimen estudiar, y con razón, pues basta saber leer y escribir para alcanzar sin otros títulos los altos puestos; y con este motivo observaremos que, aunque todos los escribientes son unos, hay sin embargo algunas colocaciones que facilitan admirablemente los más codiciados ascensos [...] Resulta de esto que sea cual fuere su nombre, el escribiente ha nacido para escribir; y así dijo bien el que lo llamó oficial de pluma: sin duda para no equivocarle con el hombre de Platón que era un animal en dos pies y sin plumas (1935: 187-188).

¿Qué sucede, sin embargo, con los poetas auténticos, con aquellos en quienes el escritor y humorista reconoce una formación estricta, profunda? En un segundo texto de Hilarión Frías, titulado *Album fotográfico* (1868), volvemos a encontrar al mismo personaje, trazado ahora con intenciones del todo diferentes, aunque mantenga como telón de fondo el tono de crítica. De menor extensión y, sobre todo, con diferente tono, las tres páginas consagradas al poeta anuncian la extinción de los poetastros, esos «reclutas de la poesía», condenados a «vegetar en cualquier rincón de la sociedad», y ensalzan una nueva figura. Obsérvese su contundencia:

Sólo nos queda el poeta.
Pero el poeta es hoy todo.
La tribuna, el periodismo, el poder, los laureles de la victoria, todo lo ha arrebatado
para saciar su alma sedienta de gloria (1984: 18).

La descripción actual, en tono serio, termina por abandonarse también a la idealización, lo que la hace semejante —por refracción— con las imágenes y el estilo de aquellos poetastros que, en el volumen anterior, Frías había vilipendiado. El texto cuenta cómo aquellos jóvenes indolentes, desaliñados, que han cantado los placeres y desilusiones de la juventud, colocados en mitad de la contienda civil, se han lanzado a la lucha, inflamados por el patriotismo:

Esa juventud entera se lanzó llena de fe y de desesperación acaso, a una lucha imposible: y alterna sus cantos épicos alentando a los soldados nacionales, con los tiros que cambiaba con el invasor. Para cantar las glorias del Imperio, solo habían quedado los poetastros (1984: 19).

De manera que ya contamos con una pista firme para afianzar nuestras indagaciones. Según Frías, los poetastros eran, en 1854, los seguidores del movimiento romántico, sin distinción alguna; ahora, en 1868, lo son exclusivamente aquellos que se agrupan en el bando conservador. Ni siquiera se enuncia su nombre. Caso contrario sucede con los liberales, a quienes caracteriza personalmente, dividiéndolos en dos grupos: aquellos que, convertidos en guerrilleros, esgrimen simultáneamente armas y letras y los que, habiendo optado por el exilio, manifiestan a distancia su apoyo hacia la lucha liberal. Tras el triunfo de la República, su tarea consiste en restañar las heridas de la guerra:

Y allí cantan, las lágrimas vertidas, la sangre vengada, las baladas del destierro, las canciones del vivac, las trovas de la familia. La espada quedó como una ofrenda en el altar de la Patria. Nadie piensa más que en la reconstrucción de la República, en la erección de una era de civilización y progreso [...] Al frente de esa falange de poetas van Prieto el trovador nacional, Ramírez el sabio del siglo y la honra de México, y Altamirano el bardo de los bosques del sur, y Peredo el Marcial de nuestra sociedad, y Ortiz el sentido, el tierno músico del alma, y Chavero el trovador calderoniano, y Ramírez el original, y otros muchos que se anuncian con muy buenos preludios para nuestro porvenir nacional (1954: 20).

Tras la contienda de la Reforma y la intervención extranjera, el juicio de Frías ha variado significativamente: aquel poetastro, a quien se inculpaba por sus excesos pasionales y sensiblería, se convierte ahora en un «tierno músico del alma». Son bastante notorios los factores interpuestos: no es el mérito estético, en última instancia, ni la inserción en un

movimiento literario lo que los ha salvado para la gloria literaria. Al juzgarlos, se ha deslizado el criterio político. Debemos reconocer que buena parte de los nombres conservados hasta ahora por la historia y la crítica literaria coinciden, en su mayoría, con la militancia en el bando triunfante. En ello tiene que ver la proximidad entre la escuela romántica y el liberalismo. Pero también, habría que subrayarlo, la identificación del poeta como héroe cultural.

EL CATÁLOGO DE IGNACIO M. ALTAMIRANO

Lleguemos al punto medular, la opinión y juicios de Ignacio M. Altamirano acerca del mismo tema, contenidos en el folletín titulado *Renacimiento de la literatura mexicana. Ojeada histórica. Elementos para una literatura nacional* (generalmente citada como *La literatura nacional*) (1868). De igual modo que en el inventario de Hilarión Frías antes citado, volvemos a hallar la misma nómina de escritores, elegidos por idénticos motivos:

Decididamente la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez, Calderón y Payno, jóvenes aún, iban a comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y hermosas inspiraciones vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito a nuestras esperanzas. [...] Aquel grupo de entusiastas obreros fue dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy como la base de nuestro edificio literario (Altamirano, 2016: 253).

Esa *edad dorada* reviste entonces el paulatino ascenso y el reconocimiento al hombre de letras como un visionario, profeta y mesías de la nueva sociedad (según las tesis de Carlyle) cuya erudición se manifiesta, no obstante, en un discurso bastante terrenal, destinado a construir e instaurar las formas de legitimación requeridas por el estado nacional. La revisión del periodo iniciada por jóvenes investigadores, educados en metodologías de carácter interdisciplinario, nos ofrece ahora retratos que reinsertan al poeta-héroe en el contexto más amplio de la escritura como práctica política:

Una de las aportaciones más significantes de [Julio] Ramos es, a mi parecer, la noción de que, durante los primeros setenta y cinco años del siglo XIX, en los países latinoamericanos la esfera discursiva literaria, o la república de las letras, estaba unida a la esfera política, puesto que los gobernantes —los políticos y letrados— necesitaban el discurso literario como una forma de legitimación (Licón, s. a.).

La guerra de Reforma y la Intervención Francesa, en el segundo cuarto de siglo, no son sino acontecimientos que fungen como catalisis para una intervención que, años atrás, vinculaba a los artistas con el *establishment*. Contra toda opinión que minimice la radicalización a que se ven sometidos los escritores, Altamirano se encarga de subrayar, como lo hacía Platón en *La República*, que la redención del poeta depende directamente de poner la pluma al servicio del bienestar ciudadano:

Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de estado y publicista; predicó en unión de estos dos apóstoles, la fecunda cruzada de la democracia y de la Reforma, saltó al campo de la lucha para ayudar a los dos campeones, y sufrió con ellos las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo a todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista como Florencio del Castillo. El fragor de la

guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habían bajado del Helicón y subían las gradas del Capitolio. ¡La lira cayó a los pies de la tribuna en el Foro, y el numen sagrado, en vez de elegías y de actos heroicos, inspiró leyes! (Altamirano, 2016: 253).

CONCLUSIONES

La valoración y el inventario de autores elegido por Ignacio M. Altamirano constituyen, hoy en día, un canon en el campo de la cultura mexicana. Con el afán de promover una literatura nacional que expresara el carácter y la fisonomía de la nación, el escritor e ideólogo funda, a través de sus revistas literarias, una lectura de la historia de la literatura traslapada sobre una lectura de la historia social. Es preciso reconocer que, sobre su presumible afán de objetividad, sobre el interés y encanto que despierta la cercanía de sus juicios respecto de los hechos a que hace referencia, a pesar del profundo conocimiento y la riqueza de dominio cultural que ellos demuestran, y de la precoz modernidad de la crítica literaria por él fundada, es posible advertir un claro matiz ideológico y doctrinario. Lo dijo ya José Luis Martínez:

La serie de panoramas literarios escritos por Altamirano constituye una historia de muchos aspectos de la literatura mexicana desde 1821 hasta 1883. De acuerdo con sus ideas liberales, fue registrando, en el curso de las letras del siglo XIX, los acontecimientos, los libros y las personalidades que le parecían más ilustrativos en el proceso de nuestra literatura. Escribe pues una historia doctrinaria que, cuando no pasa en silencio las obras opuestas a sus propias convicciones, la condena sin que medie ninguna otra consideración (Martínez, 1997: 126).

Aseveración que solo se admite, en el medio intelectual mexicano, si proviene del director de la Academia Mexicana de la Lengua entre 1980 y 2002, pero saludable punto de partida para que una nueva generación de críticos desfaga el entuerto en que se colocan nuestras historias social y literaria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1949), *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, edición y prólogo de José Luis Martínez, México, Editorial Porrúa.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1993), *El Renacimiento, periódico literario (México 1869)*, edición facsimilar de Huberto Batis, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (2016), *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, edición de Edith Negrín, México, UNAM / Fondo de Cultura Económica.
- CARLYLE, Thomas (1985), *Los héroes*, Madrid, Sarpe.
- CLARK, Belem y Elisa SPECKMAN (eds.) (2005), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, Colección Ida y regreso al siglo XIX, México, UNAM.
- ESCALANTE, Evodio (1997), «Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano», en Manuel Sol y Alejandro Higashi, *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 189-203.
- FERNÁNDEZ LEDESMA, Enrique (1974), «Una joya bibliográfica e iconográfica de mediados de siglo», prólogo a la edición facsimilar de *Los mexicanos pintados por sí mismos: tipos y costumbres nacionales*, México, Manuel Porrúa.

- FRÍAS Y SOTO, Hilarión (1984), *Álbum fotográfico*, Colección La Matraca, segunda serie, Tlahuapan, Premia Editora/Inba-SEP-Cultura.
- LICÓN VILLALPANDO, Azuvia (s. a.), «Construir la nación en el siglo XIX latinoamericano: novela nacional e historia» (en red), <https://acortar.link/oGPKTy>. Consultado 12-V-2023.
- MARTÍNEZ, José Luis (1997), «Los estudios sobre literatura y arte de Altamirano», en Manuel Sol y Alejandro Higashi, *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 125-136.
- ORTIZ, Efrén (2007) *Liberalismo y utopía*, Xalapa, Universidad veracruzana.
- ORTIZ, Efrén (2008), *Las paradojas del Romanticismo: poesía romántica mexicana*, Serie Biblioteca de Signos, México, UAM.
- ORTIZ, Efrén (ed.) (2014), *Obra literaria. Agustín F. Cuenca*, Xalapa, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz.
- PERUS, François (1976), *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, México, Siglo XXI.
- PERUS, François (1992), *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, Cuadernos del CILL, n° 36, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- RAMA, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Montevideo, Editorial Arca.
- RAMOS, Julio (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina, literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (1996), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM.
- VV. AA. (1935), *Los mexicanos pintados por sí mismos: tipos y costumbres nacionales*, México, Neolitho (edición facsimilar)
- ZARCO, Francisco (1980), *Escritos literarios*, México, Porrúa.
- ZARCO, Francisco (1994), *Obras completas, XVII. Literatura y variedades*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo.